

CONFERENCIA ESCOLAR

El fin de la vida

I

Tened un ideal. ¿Qué quiere decir esta palabra? Un tipo de perfección conveniente a vuestro estado. Hay en el hombre dos cosas: el ojo siempre abierto a lo más bello y a lo más grande, y un resorte siempre en tensión para lo mejor, o al menos para lo que como tal consideramos. Habéis visto ya brillar en vuestra inteligencia esas superiores luces, como habéis sentido que subían a la parte más elevada de vuestra alma esas superiores aspiraciones. Porque, en fin, supongo que no habréis llegado aquí la víspera de embarcaros, sin haberos informado antes de las playas donde tenéis el designio y el deseo de desembarcar.

Habéis mirado adelante, y os habéis dicho: Esto seré; esto me halaga, para esto siento inclinación y aptitud; tal ha de ser mi porvenir. Habéis mirado arriba, al cielo, y os habéis dicho: Dios lo quiere; este es su llamamiento, esta su dirección; tal ha de ser mi camino. Os habéis mirado a vosotros mismos, y os habéis dicho: Esto voy a hacer; ésta será mi resolución, ésta mi voluntad, ésta mi ley. Ha llegado la hora de poner en práctica los designios de vuestro espíritu y los votos de vuestro corazón. Vuestra edad contrae este deber, Dios os da la gracia, vuestra familia os habla de él sin interrupción, y os pone en las manos los medios para llegar al fin. Resolvedos, pues, y decid que vais a hacer algo; que es necesario hacer algo. Sólo a este precio podéis ser hombres.

Escoged primero vuestra futura profesión; en ese cuadro de ejercicios y profesiones es necesario colocar prácticamente el ideal de una vida conforme con vuestro me-

dio, con vuestras disposiciones y con vuestros probables recursos. Podéis ser sacerdotes, magistrados, militares, hombres de negocios, hombres públicos....; pero decid ya desde ahora que queréis una u otra cosa, teniendo la mira en la perfección. Se necesita una hora buena para esas miras prácticas, y no menos se necesita para esas miras elevadas: lo que he de hacer, lo he de hacer bien, y no me comprometeré sino para hacer lo mejor: tal es el deber de mi estado.

Pero en estos momentos os convido principalmente a proponeros un ideal religioso. Siendo el deber para con Dios el primero de vuestros deberes, vuestra primera regla debe ser regla de vida cristiana. ¿No es eso precisamente lo que acabáis de hacer al formular y al escribir las resoluciones de vuestro retiro? Habéis meditado sobre el dominio de Dios: Dios el primero, Dios siempre; tal es el astro que servirá para orientaros en vuestra vida. No lo perdáis de vista. El nombre de Dios, hijos míos, es la respuesta a cada una de las cuatro preguntas de lugar que os presenta la gramática, y que os ofrece también el problema de la vida: Pregunta *¿Ubi?* dónde estáis. Estáis en Dios, en la tierra para vivir en Dios en el cielo: *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Pregunta *¿Unde?* de dónde venís. Venís de Dios criador; ayer os amasaba, y lleváis aún las señales recientes de sus dedos en esa arcilla, húmeda aún, que no ha secado todavía el sol de la vida. ¿De dónde más venís? De Cristo Redentor; toda vuestra gracia parte del pie de la cruz. Pregunta *¿Quo?* ¿a dónde vais? Vais a Dios con el espíritu, El es la verdad; vais a Dios con el corazón, El es la belleza; vais a Dios con la voluntad, El es el bien supremo. Por último, pregunta *¿Qua?* ¿Por dónde pasaréis? Por Dios, que en El están los medios de salvación lo mismo que el fin. Ha puesto por jalones de vuestro camino sus mandamientos, ha iluminado ese camino con la reve-

lación, y lo ha escalonado con sus sacramentos. Vamos, pues, hacia El, por él, ya que de El somos, y de El venimos. Tal es el divino ideal que se nos presenta.

Apareció un día a un jovencito de vuestra edad, y aquella visión hizo de él uno de los más grandes servidores de la verdad en este siglo. Escuchad esta reseña de los *Recuerdos de la Juventud*, del Padre Gratry. Es una página viva, que parece se escribió para vosotros.

«Tenía yo, dice, diecisiete años y medio; gozaba de toda la felicidad que puede tener un joven. En el certamen general había obtenido el segundo premio de honor, lo que me cubría de gloria a los ojos de mis discípulos. Adoraba a mis padres que se consideraban felices y cubiertos de gloria con mis triunfos. Tenía en el Colegio amigos muy queridos; disfrutaba de completa salud, y me encontraba en el pleno goce de mis facultades; estaba lleno de confianza y de alegría.

«Era una noche de otoño; acabábamos de entrar en el Colegio después de las vacaciones. Los alumnos estaban en el dormitorio, cada uno en su alcoba. Sin desnudarme, me senté en la cama, abismado en un millar de reflexiones sobre el curso que se abría. Pronto comenzó en mi alma el discurso interior que vais a ver; el conjunto y las detalles se han grabado de tal manera en mi memoria, que durarán por toda la eternidad.

«Heme aquí en el segundo año de retórica; soy el más fuerte de la clase y del Colegio (Colegio de Enrique IV), y quizá el más fuerte de los alumnos de París. ¿Tendré el primer premio de honor? ¿No podré conseguir todos los primeros premios en el certamen general? todos, difícilmente; pero tres o cuatro, es posible.

«Quizá tenga el año próximo el primer premio en filosofía. Después estudiaré derecho. ¿Seré el primero de los alumnos de derecho? ¿Por qué no? Los hombres de

hoy trabajan poco, y lo obtendré, si quiero, a fuerza de celo y tenacidad.

«Aprenderé a hablar y a escribir; y hablaré y escribiré tan bien como los que hablan y escriben mejor. Seré abogado, excelente abogado. Jamás mentiré; mentir es absurdo, imposible, repugnante. Causa que yo defienda ha de ser justísima. Adquiriré hermosa posición y gran fortuna.

«Pero no basta un oficio; se necesita algo más. Escribiré algunas obras. ¡Ah! y ¿cuál será el rango literario a que ascenderé con esas obras? ¿Pertenezeré a la Academia Francesa? Sin duda; pero ¿cuál será el nivel de mi gloria? ¿Seré un Racine, un Corneille, un Pascal? ¡Ah! parece esto demasiada ambición. En fin, no sabemos.

«¡De todos modos es hermoso el porvenir que se me presenta! ¡qué felicidad! ¡valor! ¡valor!

«¡Qué felices serán mi padre, mi madre y mi hermana! Tendré muchos amigos. Compraré una casa de campo cerca de París; me casaré. ¡Oh! ¡qué elección! ¡qué amor!

«Tal fue la primera parte de mi discurso interior que terminó aquí, para dar lugar a una especie de contemplación de la felicidad de mi vida. Veíala deslizarse de año en año con creciente dicha; veía las personas, las cosas, los sucesos y los lugares. Veía mi chalet, mi esposa, mis amigos, mi familia, los goces, las fiestas, la felicidad íntima y la felicidad de todos. Aquello era magnífico, arrebatador.

«Pero no pude dejar de pensar que en tal época de mi felicidad, tendría tal edad, y comencé a pensar que entonces sería ya anciano mi padre, y que pudiera ser muriera antes de estos sucesos. Le sobreviviría mi madre, pero acaso no más de diez años. ¿Y si moría antes que yo mi hermana? ¿y si morían tal y cual? Se han visto hombres que han sobrevivido a todos sus amigos, a to-

da su familia aun a sus hijos. ¡Oh! ¡qué triste debe ser!

«El sol esplendoroso que hacía poco doraba mi imaginación, comenzó a dar otra muy distinta luz. Oscuro y negro nublado pasaba por delante del sol. Todo palideció y hubo que decir: Después de esto, moriré yo también.

«Llegará un día en que estaré postrado en una cama, lucharé con la muerte, moriré, y concluiré todo.

«Hízome Dios ver, sentir y gustar la muerte, como acababa de hacerme ver, sentir y gustar la vida. Cuando la muerte llegue con toda su realidad, no la veré tan claramente; y aun es posible que la vea con mucha menos fuerza y lucidez.

«Todo está concluido, me decía a mí mismo; adiós, padre, adiós, madre, adiós, amigos; mi muy amada esposa ya no existe; ya no existo yo;... concluyó el sol, concluyeron los hombres, concluyó el mundo, concluyó todo.

«Pasé en un instante. Desde aquí veo todavía los años de mi niñez; los veo desde mi lecho de muerte; no hay distancia entre la niñez y la muerte; es un día que termina brevemente, ¡es un sueño!

«Esto es la vida; ¡así nacen y así mueren todos los hombres! ¡pero esto es horrible! Y veía yo pasar todas las generaciones como las ondas de un río, que se acerca a una catarata, donde descienden unas en pos de otras para quedar debajo de la tierra y no ver más el sol....

«A vista de aquello estaba inmóvil y como clavado por el asombro y el terror. Pero, ¿qué quiere decir esto? gritaba yo. ¿Por qué no buscar su explicación? ¿Por qué todo aparece como mosquitos que revolotean y zumban en un rayo de sol? ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué sucede así? ¿Todo ha de ser así? ¿Será todo absurdo, inútil y sin sentido? Y si no es esto todo, ¿dónde está lo demás y de qué sirve lo que acabo de ver?

«No veo respuesta alguna a estas preguntas; pero comencé a pensar en Dios. ¡Oh, Dios mío! Pero ¿hay Dios?

«Hice un nuevo esfuerzo: probó todo mi sér una enérgica concentración en profundidades que jamás hubiera podido imaginar. Paréceme ver hoy todavía aquellas profundidades sin fondo.

«De repente, de aquel insondable y misterioso abismo salió un grito agudo, penetrante, desgarrador. ¡Dios mío! ¡Dios mío! gritaba yo, y no gritaba solo. Había en mí otro sér que gritaba y comunicaba a mi grito irresistible poder. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡luz! ¡socorro! explícame el enigma... ¡Dios mío! ¡os lo prometo! ¡lo juro! Dios mío, hacedme conocer toda la verdad, y os consagrare mi vida entera».

Estaba pronunciada la palabra, hijos míos; halló el ideal, y el ideal fue realizado. El que hablaba así obtuvo al año siguiente dos premios en filosofía en el certamen general. Un año más tarde, era alumno de la Escuela Politécnica. Fue cristiano, sacerdote, miembro de la Academia Francesa, y, salvo un momento de eclipse, en que fue sorprendida su buena fe, y de lo cual pidió perdón al morir, consagró a la verdad su fresco y hermoso genio toda su vida.

II

Llévame este ejemplo, hijos míos, a deciros mi segunda palabra. Colocad alto vuestro ideal. La Escritura pone a la Sabiduría en las alturas sobre los caminos, en medio de los senderos: *In summis excelsisque verticibus, extra viam*. Allí está su lugar. Conocéis la hermosa poesía del poeta americano Longfellow, ¡*Excelsior!* Haced como aquel viajero; como él, no tengáis reposo hasta haber llegado una en pos de otra a la última cima desde donde veáis el cielo para el que sois llamados.

Primero colocad muy alto el fin de vuestra vida cristiana. No pueden satisfaceros ni la fe, ni la piedad, ni la virtud, ni la santidad a medias. Dejemos eso para los paganos; dejemos a un Horacio, por ejemplo, embriagándose con las dulzuras de su *aurea mediocritas*. La medianía es pagana, la sublimidad es cristiana; hemos sido hechos para lo sublime, pues que hemos sido hechos para Dios y para la inmortalidad. Dejemos a los filósofos naturalistas suspender la vida a medias entre el mal y el bien, entre la tierra y el cielo. Nosotros, cristianos, no sabríamos contentarnos con tan poco. Nuestro Señor Jesucristo elevó nuestra virtud hasta el infinito divino, cuando pronunció esta palabra inconcebible: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial». ¡Ah! no lo ignoro; jamás realizaremos esa divina perfección, por lo mismo que es divina. Sabíalo muy bien el Maestro; pero, al colocar tan alto nuestro ideal moral, quiso excitar indefinidamente nuestros esfuerzos, y por un progreso continuo hacernos tender sin fin hacia un punto, con tanto mayor perseverancia perseguido, cuanto no llegaremos a alcanzarlo jamás. *Totum summum, totum perfectum in te desidero*, escribía a uno de sus discípulos San Jerónimo. La misma ambición tengo por vosotros, hijos míos.

Aun en las cosas temporales poned alto vuestro ideal. Tened miras altas por vuestro porvenir temporal, subordinando, sí, la mira de las cosas del tiempo a la de las cosas eternas. En el estado que elijáis no os resignéis a no ser más que medianías; no andéis siguiendo en las últimas filas, apuntad francamente a las primeras. Está, sin duda, interesado en ello vuestro honor; pero lo está también el honor de vuestra religión que quiere hijos dignos de ella, que necesita hombres fuertes y en situación de prestarle servicios. Qué placer ver a nuestros jóvenes católicos educados en nuestros colegios ponerse a la cabeza de todos los asuntos de la sociedad, y abrirse paso

por doquiera, entiendo por doquiera, por donde se pueda entrar sin abajar la cabeza y sin arrastrarse.

Mas, al poner tan altas vuestras miras, ¿pensáis que deseo que os engriáis con ambiciones temerarias? ¡No quiera Dios! qué bien sé probaréis primero *quit valeant humeri, quit ferre recusent*. Esta es la primera condición. Además, las alas que quiero toméis no son alas de cera, alas de Icaro; son las alas de la gracia que os concederá el Señor, si se las pedís. De esta manera, haciendo de vuestra parte todo lo que podéis, no contaréis ya sino con El. En fin, trabajad por su gloria que traspasará los límites del tiempo y del mundo de aquí abajo. Felicítaba un Obispo al sabio Leverrier por el descubrimiento que de Neptuno hizo con sus cálculos. « Señor, le dijo el Prelado, de este modo habéis elevado vuestro nombre hasta los astros ». « Monseñor, contestó el religioso astrónomo, espero elevarlo algo más arriba ». Vosotros también, hijos míos, elevad vuestro nombre más arriba, hasta Dios, glorificando el sacrosanto nombre de Dios.

III

Os he dicho, por fin: Guardad vuestro ideal, cueste lo que costare y a todo precio. Esto es lo más difícil y lo más raro. Comenzamos el combate de la vida; somos jóvenes, estamos en la mañana; nos domina el entusiasmo; vivimos llenos de esperanzas; brilla el sol sobre nuestra armadura; la jornada será nuestra, vamos a la victoria, y vamos entonando himnos entusiastas. Larga es la jornada, lleno de polvo el camino, y el sol abrasador; nos fatigamos, aflojamos; el sudor baña nuestra frente, los cantos se apagan, el ardor se extingue, y caen las armas de las manos; ya no marchamos, nos arrastramos, y por fin, nos hallamos sentados al borde de un foso, cubiertos de polvo, no soñando ya con golpes inusitados y con acciones de brillo, sino ansiando únicamente un poco

de pan y de agua, y una cama de heno para acostarnos y dormir.

Todo esto lo he dicho mal, hijos míos, y me apresuro a hacéroslo oír en un lenguaje más elegante. El Duque Alberto de Broglie se expresa en estos términos: « ¿Cuál es, se pregunta, el joven algo bien nacido y formado con lecciones excelentes, que no cree sinceramente que para cumplir el deber basta hacer resoluciones? » Pero ¡ah! no se camina largo en este mundo, ni se mira mucho en derredor de sí, sin notar inmediatamente que la tarea de mandar a las pasiones es más complicada de lo que parece.... Cosa singular, y que desconcierta al moralista en su filosofía, y a la juventud honrada en sus esperanzas. En el Colegio, mientras no se trata sino de enseñar, el deber es la regla; en la vida, desde que se trata de aplicarla, el deber es la excepción. El espectáculo de la corrupción social se agarra a la garganta del joven estoico desde el momento en que aparece con la vestidura viril.

... *Totaque impune Suburra*

Permisit sparsisse oculos jam candidus umbu.

«El primer golpe de vista hace ver lo escandaloso del vicio que se confiesa; el segundo es descubrir el disgusto del vicio que se disimula. Es que amanece el día de las revelaciones, y revélase el sabio egoísmo bajo la sabiduría de los sabios del mundo; es la hipocresía que asoma bajo la capa de la piedad; es la traición que hunde la zarpa en el corazón, so color de apretón de amistad. Desencantado, el alucinado estoico entra en sí mismo para encontrar allí, al menos en la paz del corazón, la virtud arrojada de la sociedad de los hombres. ¡Vana esperanza! Hasta ese asilo de las inspiraciones de la infancia han llegado los vapores de una atmósfera corrompida; ha echado raíces allí el mal, y reina e impera allí, y despiértase una mañana de la roca de Epicteto con el polvo de

su barrio, a donde va después a pasear como el más vulgar de los paseantes».

Indígnase otro escritor, M. Agustín Cochín, y expresa en lenguaje más franco aun la indignación que le causa la influencia que ejerce en jóvenes de buena educación el escándalo del mal: «No nos acosa la duda—dice,— solamente en los combates del espíritu; se apodera también de nosotros en el espectáculo que nos ofrecen las turbas. Cuando nos encontramos con tantos imbéciles siempre satisfechos, cuando vivimos en medio de tantos insolentes sin vergüenza, cuando atravesamos las regiones de los negocios que sirven de cebo, de placeres que pueden gozarse fácilmente, de mercaderías expuestas a la venta, de viejos vicios innobles y de vicios nuevos, ciegos y prentenciosos, vacilamos, perdemos energías, y nos preguntamos si son algo aquí abajo la razón, la fe, la justicia, la virtud, el honor, o si perseguimos trabajosas ilusiones. Nos sentimos monos, pavos, puercos, pavos reales, como los demás, y por un momento nos parecen verdaderos bienes de la vida los caballos, los buenos partidos, las grandes fortunas, la abundancia de dinero y el mucho adorno de nuestras personas. ¡Miserable y baja duda! Esos bobos son un argumento. Viven en completa dependencia de los otros; reciben de los demás la moda de sus vestidos, todo el menudo equipo de sus raros pensamientos, la seguridad de sus villanos placeres; y, sin embargo, ¡ah! sobre esos vegetales humanos, sobre esas limazas bien mantenidas, llueve siempre algo de nuestros divinos rocíos».

Del desencanto del ideal que nace del escándalo de fuera hablan esos cristianos escritores. Hay algo más peligroso todavía que nace de nuestros propios defectos. Llega un día—¿y por qué no ha de llegar?—en que caemos en el mismo camino por el cual creíamos adelantar sin estorbos y a paso de gigante. Nos levantamos, caemos,

volvemos a caer infinidad de veces. Se produce entonces en nosotros un estado de alma que nos obliga a decir: «¿Me será imposible llegar? ¿Es superior a mis fuerzas, y no se ha hecho para mí el ideal que me había forjado?» Eso es ya el descorazonamiento, hijos míos, eso es ya un grande mal. Mas, hay todavía otro más grave, que consiste en culpar al ideal, considerándolo como quimera, en lugar de acusaros a vosotros mismos de impotencia y de debilidad. Y más, sino solamente caéis en el arroyo, sino que en vuestra caída apagáis, soltáis o tiráis vuestra antorcha. Y más, si en lugar de deciros: «soy un miserable que ha faltado a su deber», decís esta impía palabra: «Soy, un insensato que va en pos de un sueño; la virtud no existe, la virtud es un nombre vano». Esto no es ya sólo el desencanto, el descorazonamiento; es la abdicación, la apostasía, la blasfemia.

Por eso os suplico hoy, que, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, jamás erijáis vuestras faltas en principios, y vuestra vergüenza en sistema. No tendríais ya más recursos; basta con que se pudra el corazón; no hay necesidad de falsear el espíritu. Jamás digáis al mal: Tú eres el bien; ni a la mentira: Tú eres la verdad. Y si sois derrotados en el combate de la vida, no seáis transfugas ni desertéis de vuestra bandera. Quizá os llamen simples los degenerados y los estragados, cuando vean que todavía creéis en las cosas santas, cuya fe abjuraron ellos al dejar las prácticas. Honraos con ese título que en el fondo significa la firmeza a toda costa. Basta con que seamos pecadores; permanezcamos siquiera fieles. Basta con que hayamos dado traspies en el camino; no perdamos de vista la ruta comenzada. Guardad vuestro ideal.

Y para terminar, os diré también: Id, embarcaos como Cristóbal Colón, navegad por esa mar tenebrosa, hacia estas nuevas tierras que habéis creído ver en los días de

vuestro retiro. También él, antes de partir, hizo su retiro. Se encerró en el convento de Santa María de la Rábida, en Palos, y pasó allí algunos días meditando y orando. Comulgó el 2 de agosto de 1492 juntamente con sus compañeros en la iglesia del Convento, de manos de su confidente y amigo Fray Juan Pérez. Hecho esto, fuerte con su Dios, se hizo a la mar, y a velas desplegadas viró con confianza hacia aquel mundo desconocido que le señalaba el cielo y su genio, y en cuyas playas plantó la cruz.

MONSEÑOR BAUNARD

L I L I

I

El carruaje paró a la puerta de la casa, y Matilde, envuelta en un lujoso abrigo de pieles, bajó, y al pisar la acera exclamó, dirigiéndose a la duquesa del Bruzo, que permanecía muellemente recostada en el landó:

—Adiós, querida, hasta luégo. No olvides que te espero para ir al Real.

Un lacayo cerró la portezuela, saludó profundamente, subió al pescante junto al cocheró que rígido e inmóvil bajo su uniforme galoneado parecía una figura puramente decorativa, y el ruido del carruaje que partió al galope, vino a mezclarse a los mil rumores que convertían la calle de Alcalá en una colmena humana.

Matilde subió las escaleras rápidamente, y, cuando hubo llegado al piso segundo, apretó el botón de un timbre eléctrico, con fuerza al principio, con impaciencia después, viendo que la puerta no se abría.